

18° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La liturgia del 18° Domingo del Tiempo Ordinario nos presenta la invitación que Dios nos hace para sentarnos a la mesa que él mismo preparó, y donde nos ofrece gratuitamente el alimento que sacia nuestra hambre de vida, de felicidad, de eternidad.

En la primera lectura, Dios invita a su Pueblo a dejar la tierra de la esclavitud y a dirigirse hacia la tierra de la libertad, hacia la Jerusalén nueva de la justicia, del amor y de la paz. Ahí, Dios saciará definitivamente el hambre de su Pueblo y le ofrecerá gratuitamente la vida en abundancia, la felicidad sin fin.

El Evangelio nos presenta a Jesús, el nuevo Moisés, cuya misión es realizar la liberación de su pueblo. Jesús muestra a sus discípulos que es necesario acoger la paz que Dios nos ofrece y compartirla con todos los hombres. De esa forma es como los miembros de la comunidad del Reino huirán de la esclavitud del egoísmo y alcanzarán la libertad del amor.

La segunda lectura es un himno al amor de Dios por los hombres. Es ese amor, del cual ningún poder hostil nos puede apartar, lo que explica por qué Dios envió al mundo a su propio Hijo, para invitarnos al banquete de la vida eterna.

PRIMERA LECTURA

Daos prisa y comed

Lectura del libro de Isaías

55, 1 - 3

Esto dice el Señor:

Oíd, sedientos todos,

acudid por agua

también los que no tenéis dinero:

Venid, comprad trigo;

comed sin pagar vino y leche de balde.

¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta?

¿Y el salario en lo que no da hartura?

Escuchadme atentos y comeréis bien,

saborearéis platos sustanciosos.

Inclinad el oído,

venid a mí:

escuchadme y viviréis.

Sellaré con vosotros alianza perpetua,

la promesa que aseguré a David.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

En el año 597 antes de Cristo, siendo rey Joaquín, los babilonios derrotaron a los ejércitos de Judá, conquistaron Jerusalén y deportaron a Babilonia a una primera leva de exiliados, elegidos de entre la clase dirigente de Judá. Sin embargo, ese primer grupo de exiliados creía que el Exilio no iba a durar mucho y que rápidamente podrían regresar a su tierra. El profeta Jeremías, sin embargo, deshace esas falsas esperanzas, anunciando que el destierro se prolongaría e invitándoles a rehacer su vida en Babilonia ("Edificad casas y habitadlas; plantad huertos y comed su fruto; tomad mujeres y engendrad hijos e hijas; casad a vuestros hijos y dad vuestras hijas a maridos para que den a luz hijos e hijas, y medrad allí y no mengüéis; procurad el bien de la ciudad a donde os he deportado y orad por ella a Yahvé, porque su bien será el vuestro", Jer 29,5-7). Al poco tiempo, estos exiliados acabaron por adaptarse a la situación y por poner las bases para una permanencia prolongada en Babilonia.

En el año 586 se produjo una nueva catástrofe para el Pueblo de Dios: Jerusalén fue conquistada de nuevo por los babilonios y completamente arrasada. Los que habían escapado a la primera deportación fueron llevados cautivos a Babilonia y se reunieron con sus hermanos exiliados.

Los tiempos del Exilio fueron tiempos de desolación y de sufrimiento. Todas las referencias habían caído; Jerusalén, la ciudad santa, había quedado reducida a un montón de ruinas; a la frustración por la humillación nacional se unían las dudas religiosas: ¿Yahvé será el Dios liberador, como anunciaba la teología y la catequesis de Israel, o será incapaz de proteger a su Pueblo? Para algunos de los exiliados ya nada importaba, pues todo aquello que daba seguridad al Pueblo había sido completamente destruido. Mientras algunos continuaban soñando con el regreso, muchos otros dejaron de soñar y se apoyaron en bases materiales para enraizarse definitivamente en Babilonia.

El Exilio se prolongó hasta el año 539, cuando Ciro, Rey de los Persas, tomó Babilonia y dio a los exiliados la posibilidad de retornar a su tierra de origen.

En el contexto del Exilio es donde aparece el Deutero-Isaías, un profeta anónimo cuyo mensaje se nos ofrece en los capítulos 40-55 del Libro de Isaías. El profeta se esfuerza por "consolar" a los expatriados, anunciándoles la liberación inminente, el regreso a la Tierra (cf. 40-48) y la reconstrucción de Jerusalén (cf. Is 49-55).

El texto que se nos ofrece como primera lectura, nos presenta las últimas palabras del "libro de la consolación". Después de un oráculo que anuncia la restauración de Jerusalén (cf. Is 54,11-17), el Deutero-Isaías intenta ofrecer a los desterrados razones para que regresen a la ciudad santa.

1.2. Mensaje

El profeta invita a los exiliados a realizar un nuevo éxodo, dejando la tierra de la esclavitud y dirigiéndose hacia la tierra de la libertad, la Jerusalén nueva que Dios va a reconstruir para su Pueblo. Ahí, Judá descubrirá al Dios libertador que derrama sobre su Pueblo, gratuita y abundantemente, justicia, prosperidad, abundancia, paz sin fin.

El profeta presenta ese cuadro de salvación a través de la imagen del "banquete": en Jerusalén, alrededor de la mesa de Dios, ese pueblo sufridor, desolado, falto de todo, famélico, encontrará trigo, "vino", "leche" y "manjares suculentos" (v. 1).

¿Será fácil, después de más de cuarenta años de Exilio, dejar la relativa seguridad de Babilonia, enfrentarse con una tierra devastada y comenzar todo de nuevo?

Está clara que no. Muchos exiliados, haciendo caso a las palabras del profeta Jeremías (cf. Jer 29), construyeron casas, rehicieron sus vidas, echaron raíces en suelo babilónico y consolidaron existencias tranquilas y cómodas.

La referencia a gastar "dinero en aquello que no alimenta" y "trabajar en aquello que no sacia", parece referirse al hecho de que muchos exiliados pretendieran continuar en Babilonia, en lugar de arriesgarse a regresar a una tierra desolada y, aparentemente, sin futuro (v. 2).

El profeta advierte, es preciso tener el coraje de arriesgar, de desinstalarse, de partir al encuentro de un sueño.

Aquellos que sean capaces de salir de sus esquemas y abrir el corazón, recibirán el don que Dios les va a ofrecer, de forma gratuita e incondicional, un don de vida en abundancia, de felicidad infinita.

A aquellos que están dispuestos a dejar sus certezas y seguridades para partir al encuentro de su llamada, Dios les ofrecerá una alianza eterna (v. 3), que nada ni nadie podrá romper.

Quien acepte el don que Dios ofrece, encontrará allí el agua que sacia su sed de vida y el alimento que satisface su hambre de felicidad. Vivirán una relación nueva con Dios y formarán parte, en definitiva, de la comunidad del Pueblo de Dios.

1.3. Actualización

- ✚ Antes de nada, la lectura propuesta revela el "corazón" de Dios: su amor, su cuidado, su preocupación por la situación de un Pueblo degradado por la miseria, por el sufrimiento, por la desolación.

Dios no se queda nunca indiferente ante la suerte de sus hijos, sino que está atento a sus necesidades, a su forma de vida, a su sed de felicidad.

Los creyentes pueden estar seguros de que, en la mesa del banquete al que Dios les invita, encontrarán el alimento que les sacie, la mano que les apoye, la palabra que les de ánimo, el corazón que les ame.

La reflexión de este texto nos invita, antes de nada, a descubrir a este Dios providente y amoroso y a poner nuestra existencia en sus manos.

La reflexión de este texto nos invita, también, a ser testigos de ese Dios entre nuestros hermanos: los pobres, los hambrientos, los desesperados que deben encontrar en nuestros gestos y palabras ese "corazón" amoroso de Dios que les apoya, que les da esperanza, que les ayuda a recuperar la dignidad y el gusto por la vida, que sacia su hambre y su sed de justicia, de fraternidad, de amor y de paz.

- ✚ Si es verdad que Dios no cesa de ofrecernos la salvación, también es verdad que nosotros, los hombres, no siempre acogemos la oferta que Dios nos hace. Muchas veces elegimos caminos de egoísmo y de autosuficiencia, al margen del "banquete" de Dios.

En la lectura que se nos propone, hay una llamada a no gastar el dinero en aquello que no alimenta y trabajar por aquello que no sacia. Es una invitación a no dejarnos seducir por falsas ofertas de felicidad (los bienes materiales, la ilusión del poder, los aplausos y la consideración de los demás) y a no gastar la vida bebiendo en fuentes que no sacian nuestra sed de vida plena y verdadera.

¿Cómo me sitúo yo frente a todo esto?

¿De qué siento "hambre"?

¿Cómo intento saciar mi sed?

¿Yo también soy de los que gastan el tiempo, las fuerzas y las oportunidades corriendo detrás de ilusiones, de valores efímeros?

¿Cuáles son las verdaderas fuentes de vida por las que debo apostar de forma incondicional?

- ✚ Para acoger los dones que Dios ofrece es necesario desinstalarse, abandonar los esquemas de comodidad que impiden que en el corazón haya lugar para la novedad de Dios y para los desafíos que él lanza.

¿Estoy dispuesto a dejar caer mis prejuicios, seguridades, planes de vida, egoísmos, y dejarme cuestionar por Dios y sus propuestas?

Salmo responsorial

Salmo 144, 8 - 9.15 - 18

V/. Abres tú la mano, Señor,
y nos sacias de favores.

R/. Abres tú la mano, Señor,
y nos sacias de favores.

V/. El Señor es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y rico en piedad;
el Señor es bueno con todos,
es cariñoso con todas sus criaturas.

R/. Abres tú la mano, Señor,
y nos sacias de favores.

V/. Los ojos de todos te están aguardando,
tú les das la comida a su tiempo;
abres tú la mano,
y sacias de favores a todo viviente.

R/. Abres tú la mano, Señor,
y nos sacias de favores.

V/. El Señor es justo en todos sus caminos,
es bondadoso en todas sus acciones;
cerca está el Señor de los que lo invocan,
de los que lo invocan sinceramente.

R/. Abres tú la mano, Señor,
y nos sacias de favores.

SEGUNDA LECTURA

Ninguna criatura podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos 8, 35.37 - 39

Hermanos :

¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?:

- ¿la aflicción?,
- ¿la angustia?,
- ¿la persecución?,
- ¿el hambre?,
- ¿la desnudez?,
- ¿el peligro ?,
- ¿la espada ?

Pero en todo esto vencemos fácilmente
por Aquél que nos ha amado.

Pues estoy convencido de que

- ni muerte, ni vida,
- ni ángeles, ni principados,
- ni presente, ni futuro,
- ni potencias,
- ni altura, ni profundidad,
- ni criatura alguna

podrá apartarnos del amor de Dios
manifestado en Cristo Jesús,
Señor nuestro.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

El texto que hoy se nos propone como segunda lectura, concluye la reflexión de Pablo sobre la cuestión de la salvación.

Hace ya algunos domingos que venimos acompañando el desarrollo de las ideas de Pablo sobre esta cuestión: toda la humanidad vive sumergida en una realidad de pecado (cf. Rom 1,18-3,20); pero Dios, por su bondad, sigue ofreciendo a todos los hombres, de forma gratuita e incondicional, la salvación (cf. 3,21-4,25). Esa salvación llega al hombre a través de Jesucristo (cf. Rom 5,1-7,25). El Espíritu Santo es quien da al hombre la fuerza para acoger ese don (cf. Rom 8,1-39), para renunciar a la vida de egoísmo y de pecado (la vida "según la carne") y para ascender a una nueva situación, la situación de "hijo de Dios" (vida "según el Espíritu").

Acoger la salvación que Dios ofrece, identificarse con Jesús y recorrer con él el camino del amor a Dios y de la entrega a los hermanos (vida "según el Espíritu") no es, sin embargo, un camino fácil, de triunfos y de éxitos humanos, sino más bien un camino que es preciso recorrer, muchas veces, en el dolor, en el sufrimiento y en la renuncia, enfrentado a las fuerzas de la muerte, de la opresión, del egoísmo y de la injusticia. A pesar de las barreras que es necesario superar, de las nubes amenazadoras y de los mil desafíos que, día a día, se levantan ante el creyente que sigue el camino de Jesús, el cristiano puede y debe confiar en el éxito final. ¿Por qué?

Esta es la cuestión que Pablo quiere responder en estos versículos que se nos proponen hoy.

2.2. Mensaje

"Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?", pregunta Pablo al inicio de la perícopa (cf. Rom 8,31). La verdad es que nada puede derrotar a aquel que es objeto del amor inmenso e inmortal de Dios; amor manifestado en ese movimiento que llevó a Cristo hasta la entrega total de la vida para situarnos en la ruta de la salvación y de la vida plena.

El creyente tiene que estar seguro de que Dios le ama y que le reserva una vida en plenitud, la felicidad total, la comunión plena con él. De esa forma, puede elegir, con tranquilidad y serenidad el camino de Jesús, camino de entrega de la vida, de amor hasta las últimas consecuencias. Puede, como Jesús, luchar objetivamente contra el egoísmo, la injusticia, la opresión, el pecado; puede gastar la vida en esa lucha, sin temer la aniquilación o el fracaso; puede enfrentarse a la persecución, a la angustia, a los peligros, a las trampas montadas de algunos hombres, con la certeza de que nada le puede vencer ni destruir. Y, al final del camino, le espera esa vida plena de felicidad sin fin, que Dios ofrece a aquellos que aceptan su propuesta de amor y caminan por ella.

En los dos últimos versículos del texto que se nos propone (vv. 38-39), Pablo enumera una serie de fuerzas, que en la época, se juzgaban más o menos hostiles al hombre. No debemos, con todo, tomar esas expresiones como una descripción detallada de aquello que, para Pablo, era el mundo sobrenatural. Debemos ver en esa lista, únicamente, una forma retórica de sugerir que nada, ni siquiera esos poderes que los antiguos creían que hostigaban al hombre, serán capaces de separar al cristiano del amor de Dios, manifestado en Jesucristo.

2.3. Actualización

La reflexión de la lectura puede realizarse a partir de las siguientes ideas:

- ✚ Para Pablo, hay una constatación increíble, que no deja de asombrarle (y que hemos encontrado repetidamente en los textos de la carta a los Romanos leídos en los últimos domingos): Dios nos ama con un amor profundo, total, radical, que nada ni nadie consigue apagar o eliminar.
Ese amor vino a nuestro encuentro en Jesucristo, tocó nuestra existencia y la transformó, capacitándonos para caminar hacia la vida eterna. Sobre todo, este es el descubrimiento que Pablo nos invita a realizar. En los momentos de crisis, de desilusión, de persecución, de orfandad, cuando parece que todo el mundo está contra nosotros y que no entiende nuestra lucha y nuestro compromiso, la Palabra de Dios grita: "no tengáis miedo; Dios os ama".
- ✚ Descubrir ese amor, nos da el coraje necesario para enfrentarnos a la vida con seguridad, con tranquilidad y con el corazón lleno de paz. El creyente es aquel hombre o mujer que no tiene miedo de nada porque es consciente de que Dios le ama y que le ofrece, suceda lo que suceda, la vida en plenitud. Puede, por tanto, entregar su vida como don, correr riesgos en la lucha por la paz y por la justicia, enfrentarse a los poderes de la opresión y de la muerte, porque confía en Dios, que le ama y que le salva.

Aleluya

Mt 4,4b

No sólo de pan vive el hombre,
sino de toda palabra
que sale de la boca de Dios.

EVANGELIO

Comieron todos hasta quedar satisfechos

† Lectura del santo Evangelio según San Mateo
14, 13 - 21

En aquel tiempo,
al enterarse Jesús de la muerte de Juan el Bautista,
se marchó de allí en barca, a un sitio tranquilo y apartado.
Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos.
Al desembarcar vio Jesús el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos.

Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle:
– Estamos en despoblado y es muy tarde, despide a la multitud
para que vayan a las aldeas y se compren de comer.

Jesús les replicó:

– No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer.

Ellos le replicaron:

– Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces.

Les dijo:

– Traédmelos.

Mandó a la gente que se recostara en la hierba
y tomando los cinco panes y los dos peces
alzó la mirada al cielo,
pronunció la bendición,
partió los panes
y se los dio a los discípulos;
los discípulos se los dieron a la gente.
Comieron todos hasta quedar satisfechos
y recogieron doce cestos llenos de sobras.
Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

Con el capítulo 13 del Evangelio según san Mateo, comienza una larga sección que podríamos titular "instrucción sobre el Reino" (cf. Mt 13,1-17,27).

En la primera parte de esta sección (cf. Mt 13,1-52) Jesús presentó en parábolas la realidad del Reino (como vimos en los domingos anteriores).

¿Cómo reaccionaron los interlocutores de Jesús ante esa presentación viva, popular, interpelante? ¿Se adhirieron a su propuesta?

La respuesta a esta cuestión se nos va a ofrecer en la segunda sección de la "instrucción sobre el Reino" (cf. Mt 13,53-17,27). De una forma general, la comunidad judía responde negativamente al desafío ofrecido por Jesús.

Tanto los nazarenos (cfr. Mt 13,53-58), como Herodes (cfr. Mt 14,1-12), como los escribas, como los fariseos, como los saduceos (cfr. Mt 15,1-9; 16,1-4. 5-12) rechazan el embarcarse en la aventura del Reino.

Ante ese rechazo, Jesús se centrará, cada vez más decididamente, en el pequeño grupo de sus seguidores, los discípulos. Ese pequeño grupo va a ser definido cada vez más como la comunidad del Mesías, que acoge las propuestas de Jesús y acepta el Reino.

Las multitudes continuarán siguiendo a Jesús, pero, cada vez más, Jesús se dirige a los discípulos para "instruirlos".

El texto que se nos propone en este Domingo, nos sitúa en el ámbito de una reflexión. El "banquete" es, para los semitas, el momento de encuentro, de fraternidad, en el que los convidados establecen entre sí lazos de familiaridad y de comunión. Es, por tanto, símbolo de ese mundo nuevo que ha de venir, y en el cual todos los hombres se sentarán a la mesa de Dios para celebrar la fraternidad, la igualdad y la felicidad sin fin. Se convierte, así, en un símbolo privilegiado de ese Reino al cual Jesús vino a invitar a los hombres.

3.2. Mensaje

En la introducción al episodio de hoy, Mateo señala que Jesús se retiró al desierto, seguido por el "gentío"; y que, impresionado por el hambre de vida que tenía toda esa gente, "le dio lástima y curó a los enfermos" (vv. 13-14).

Probablemente Mateo quiere sugerir, con esta referencia, que Jesús es un nuevo Moisés, cuya misión es liberar a su Pueblo de la esclavitud, para llevarle a la tierra de la libertad y de la vida plena. ¿Cómo lo va a realizar? Llevándolo al desierto.

El desierto es, para Israel, el tiempo y el espacio del encuentro con Dios; ahí, Israel aprendió a abandonar sus seguridades humanas, sus certezas, su autosuficiencia, para descubrir que cada paso en dirección hacia la libertad, cada pedazo de pan caído del cielo, cada gota de agua que brota de una roca, es un "milagro" que es necesario agradecer al amor de Dios. Todo es don de Dios, que el Pueblo debe acoger con corazón agradecido.

El desierto es, además, el lugar y el tiempo del compartir, de la igualdad, en el que cada miembro del Pueblo cuenta con la solidaridad del resto de la comunidad, donde no hay egoísmo, injusticia, prepotencia, acaparamiento de bienes que pertenecen a todos, y en el que todos ofrecen sus manos para superar juntos las dificultades del camino (en el desierto, quien es egoísta, autosuficiente y no cuenta con los otros, está condenado a la muerte).

Esta es la experiencia que Jesús va a invitar a realizar a los discípulos. Va a enseñarles, con una lección concreta, que todo es un don que debe ser agradecido al amor de Dios; va a enseñarles, también, que los dones de Dios son para compartirlos, para ponerlos al servicio de los hermanos.

De este proceso de liberación, que conduce desde el egoísmo hacia el amor, va a surgir la comunidad del Reino. La historia de la multiplicación de los panes presenta todas las características de una enseñanza, destinada a demostrar cómo debe vivir quien quiera adherirse al Reino.

El primer momento de ese proceso pedagógico destinado a formar a los miembros del Reino, tiene que ver con la constatación del hambre del mundo y con la responsabilización de la comunidad del Reino con ese problema.

Cuando los discípulos le piden que despida a la multitud, para que busquen comida (lavándose las manos ante la situación de necesidad en la que se encuentra la gente), Jesús les pide: "dadles vosotros de comer" (v. 16). Les muestra, de esta forma, que tienen una responsabilidad inalienable frente a este desafío que el mundo de los pobres grita cada día.

Después de esto, ningún discípulo de Jesús podrá decir que no tiene nada que ver con el hambre, con la miseria, con las necesidades de los más desfavorecidos. Cualquier hermano necesitado, de pan, de alegría, de apoyo, de esperanza, es responsabilidad de los discípulos de Jesús. La dinámica del Reino pasa por la solidaridad que hace que todos los cristianos sean responsables de las necesidades de los pobres.

En un segundo momento de este proceso pedagógico, Jesús enseña cómo responder a este desafío. Comienza pidiendo a los discípulos que realicen una evaluación de los bienes disponibles; después, toma los "cinco panes y los dos peces", los bendice y manda repartirlos entre los presentes. Todos comerán hasta quedar satisfechos.

La lección es clara: ante la llamada de los hombres, la comunidad del Reino tiene que aprender a compartir. "Cinco panes y dos peces" significan totalidad ("siete"): es en el compartir de la totalidad de lo que se tiene como se responde a las carencias de los hermanos. Es una totalidad fraccionada y diversificada pero que, puesta al servicio de los hermanos, sacia el hambre del mundo.

La comunidad del reino es, por tanto, no sólo una comunidad que se siente responsable por el hambre de los hermanos, sino también una comunidad de corazón abierto, dispuesta a repartir todo lo que tiene. Es una comunidad que ha vencido la

esclavitud del egoísmo, para realizar la experiencia del compartir que sacia y que convierte a todos los hombres en hermanos.

En un tercer momento de este proceso pedagógico, Jesús expone la razón para el compartir. "Tomando los cinco panes y los dos peces alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición" (v. 19).

La "bendición" es una fórmula de acción de gracias, en la cual se agradece a Dios por sus dones. Eso significa, en concreto, reconocer que lo que se posee es un don recibido de Dios.

¿Para quien? ¿Para un solo hombre o para una sola familia? Pero Dios, ¿no es el Padre de todos, que se preocupa por todos y que a todos ama de la misma forma?. Por tanto, "pronunciar la bendición" es reconocer que determinado don viene de Dios y que pertenece a todos los hijos de Dios. Aquel que recibió ese don no es su único dueño, sino únicamente un administrador a quien Dios ha confiado determinado don, para que lo ponga al servicio de los hermanos con la misma gratuidad con la que lo recibió. Es necesario que la comunidad del Reino aprenda a considerar los bienes puestos a su disposición como dones de Dios padre, poniéndolos libremente al servicio de todos.

Jesús es presentado aquí como el nuevo Moisés, cuya misión es realizar la liberación de su Pueblo y ofrecerle la vida en abundancia. ¿Cómo realiza esto? Creando la comunidad del Reino, esto es, la comunidad de hombres nuevos que reconocen que todo lo que tiene es un don de Dios y que está destinado a ser compartido con los demás hermanos.

3.3. Actualización

En la reflexión, tened en cuenta los siguientes aspectos:

- ✚ Antes de nada, el texto nos invita a reflexionar sobre la preocupación de Dios por ofrecer a todos los hombres la vida en abundancia. Invita a todos los hombres al "banquete" del Reino.

A los marginados y proscritos que viven al margen de la vida y de la historia, a los que tienen hambre de amor y de justicia, a los que viven varados en la desesperación, a los que tienen permanentemente los ojos llenos de lágrimas por la tristeza, a los que el mundo condena y margina, a los que no tienen pan en la mesa ni paz en el corazón, Dios les dice: *"quiero ofrecerte esa plenitud de vida que los hombres tus hermanos te niegan. Tú también estás invitado a la mesa del Reino"*.

- ✚ Nuestra responsabilidad de seguidores de Jesús nos compromete con el "hambre" del mundo.

Ningún cristiano puede decir que no tiene culpa por el hecho de que el 80% de la humanidad se vea obligada a vivir con el 20 % de los recursos disponibles. Ningún cristiano puede "lavarse las manos" cuando se gastan en armas y en

extravagancias recursos que deberían estar al servicio de la salud, de la educación, de la vivienda, de la construcción de redes sanitarias básicas.

Ningún cristiano puede dormir tan tranquilo cuando tantos hermanos suyos, después de una vida de trabajo, reciben pensiones miserables que no dan para pagar los medicamentos, mientras se gastan cantidades exorbitantes en obras decorativas que sólo sirven para satisfacer el ego de los mandamases.

Tenemos responsabilidad en cómo se está construyendo el mundo.

¿Qué podemos hacer para que nuestro mundo sea edificado sobre otros valores?

- ✚ Es necesario que creemos la conciencia de que los bienes creados por Dios pertenecen a todos los hombres y no a un grupo restrictivo de privilegiados.

El Concilio Vaticano II afirma: *"Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa ...*

Sean las que sean las formas de la propiedad, adaptadas a las instituciones legítimas de los pueblos según las circunstancias diversas y variables, jamás debe perderse de vista este destino universal de los bienes.

Por tanto, el hombre, al usarlos, no debe tener las cosas exteriores que legítimamente posee como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás. Por lo demás, el derecho a poseer una parte de bienes suficiente para sí mismos y para sus familias" (Gaudium et Spes, 69).

¿Cómo me sitúo frente a los bienes?

¿Contemplo los bienes que Dios me concedió como "míos, muy míos y sólo míos", o como dones que Dios depositó en mis manos para administrarlos y compartirlos, pero que pertenecen a todos los hombres?

- ✚ El problema del hambre en el mundo no se resuelve recurriendo únicamente a programas de asistencia social, o con esquemas de "limosna", sino que se resuelven recurriendo a un verdadero cambio de mentalidad, que lleve a los hombres a interiorizar la lógica del compartir.

Los bienes que Dios puso a disposición de sus hijos, no pueden ser acaparados por algunos; pertenecen a todos los hombres y deben ser puestos al servicio de todos.

Es necesario quebrar la lógica del capitalismo, la lógica egoísta del lucro - también cuando reparte algunas migajas entre los pobres para aliviar la conciencia de los explotadores-, y sustituirla por la lógica del don, del compartir, del amor. Sin esto, ningún cambio social creará, de verdad, un mundo más justo y más fraterno.

- ✚ La narración que hoy se nos ofrece tiene un innegable contexto eucarístico -las palabras "alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los

dio a los discípulos" nos recuerda la fórmula que utilizamos siempre en la celebración eucarística-

En verdad, sentarse a la mesa con Jesús y recibir el pan que él ofrece, eucaristía, es comprometerse con la dinámica del Reino y es asumir la lógica del compartir, del amor, del servicio.

Celebrar la eucaristía, nos obliga a luchar contra las desigualdades, los sistemas de explotación, los esquemas de acaparamiento de bienes, los derroches, la búsqueda de bienes superfluos.

Cuando celebramos la eucaristía y nos comprometemos con actitudes de compartir y de entrega, estamos haciendo presente a Jesús en el mundo y haciendo que el Reino sea una realidad viva en la historia de los hombres.

SUGERENCIAS PRÁCTICAS

18º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana anterior al Domingo 18º del tiempo Ordinario, intentad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. “Venid, escuchad, comed.

Estas tres llamadas de la lectura de Isaías marcan los tres primeros tiempos de la celebración de cualquier domingo: reunión de la asamblea, liturgia de la Palabra, liturgia de la Eucaristía (el último es el envío). Para la proclamación del texto de Isaías, procúrese subrayar los imperativos: “Venid... escuchadme... prestad atención... venid a Mi”, buscando el tono que conviene a la alianza que Dios quiere realizar con su pueblo. ¡Es una cuestión de actitud interior! Para poner de relieve la invitación, el texto podría ser proclamado por dos lectores, alternando las llamadas contenidas en la lectura

3. Dar amplitud al rito de la fracción.

En la homilía el sacerdote podría destacar el relato evangélico que describe los gestos de Jesús cuando la multiplicación de los panes como gestos litúrgicos, los mismos que son realizados en el corazón de la Eucaristía: “*alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente*”. Procurad ligar este pasaje con el momento de la fracción del pan o de la comunión. Es conveniente hoy dar amplitud al rito de la fracción del pan.

4. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios, se puede alargar la acogida de las lecturas con oración.

Al final de la primera lectura: Te damos gracias por todas las comidas que ofreciste a tu Pueblo, para saciar su hambre y para anunciar el banquete de la Nueva Alianza. Te pedimos por todos los hambrientos de nuestra tierra y por todas las formas de pobreza: los mendigos de pan, de atención, de ternura, de justicia y de paz. Danos el coraje de darles algo más que las migajas de nuestra mesa.

Al final de la segunda lectura: Padre nuestro, te bendecimos por el amor de Cristo, que manifestaste en las misiones del apóstol Pablo y del cual nada nos puede separar. Tú comunicas el amor de Cristo en cada Eucaristía, hasta el punto de unirnos a ti. Te pedimos por todos nuestros hermanos desanimados, amenazados por la angustia, la persecución, el hambre, los peligros.

Al final del Evangelio: Elevamos nuestros ojos hacia ti y te damos gracias por la infinita ternura de tu Hijo Jesús. Te bendecimos por el pan de vida que nos das. Te pedimos por tus discípulos, encargados de distribuir el pan producido por nuestros pobres medios; que la bendición llene nuestras comidas con la gracia de tu Espíritu Santo.

4. Plegaria Eucarística.

Podría optarse por la Plegaria Eucarística III de las Misas con Niños, que hace alusión a la obra misericordiosa de Cristo.

5. Palabra para el camino.

¡Atrevámonos!

¡Cuánta hambre y sed que tenemos queremos saciarlas con nuestro dinero y con nuestras fuerzas, sin quedar nunca saciados!

Atrevámonos... “vayamos a Él...” con toda confianza lo poco que tenemos, seguros de que sólo Él nos puede saciar más allá de cualquier deseo.